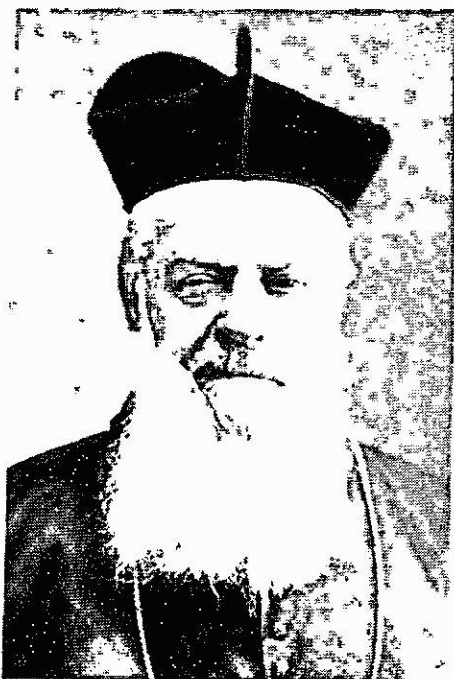


P. Valeriano Odermann, OSB
Hno. Santiago Tobar C., OSB
Monasterio Benedictino de Tibatí
Colombia

UN ABAD AMERICANO: BONIFACE WIMMER, 1809-1887*



Archiabad Boniface Wimmer
(Archivo de la Archiabadía de San Vicente de Latrobe, Pennsylvania)

FIN DE UNA VIDA: PERO LA VISION CONTINUA

Los monjes se habían levantado como de costumbre antes del amanecer y se habían congregado en la iglesia para el canto del oficio de Maitines. Era la fiesta

* Resumen y traducción del libro *An American Abbot: Boniface Wimmer, 1809-1887*, de Jerome Oetgen. The Archabbey Press, Latrobe, Pennsylvania, 1976. 344 págs.: 298 de texto y 46 de bibliografía, notas, índices.

de la Inmaculada Concepción, y mientras ellos cantaban el antiguo himno e inclinaban sus cabezas para glorificar la Trinidad, el anciano abad Bonifacio Wimmer agonizaba en su celda acompañado por su prior y varios monjes congregados alrededor de su lecho de muerte. Era el año 1887.

Este hombre dinámico que durante el curso de sus 78 años había demostrado una gran energía humana, que había ayudado a revitalizar el antiguo espíritu y celo misioneros, que había traído la tradición de unos mil cuatrocientos años de monaquismo benedictino al Nuevo Mundo, moría tranquilamente.

Durante más de cuarenta años había trabajado intensamente por la gloria de Dios desde su venida a América en 1846. Había fundado la Archiabadía de San Vicente, así como otros monasterios a lo largo de los Estados Unidos, empezando con su trabajo en los años cincuenta en Minnesota y en Kansas cuando dicho territorio se vio envuelto en la cruenta guerra civil. Sus avances misioneros llegaron a New Jersey y Kentucky, Virginia, Texas, Tennessee, Nebraska y Delaware, Illinois, Iowa, Georgia, North Carolina, Alabama, Florida y Colorado.

Había traído el mensaje de Dios no sólo a los inmigrantes alemanes, su principal proyecto, sino también a los irlandeses, polacos y bohemios, negros y blancos y de igual manera a los indígenas americanos.

Ya en 1887 el monacato benedictino implantado por él florecía en múltiples diócesis americana, así como en vicariatos y colegios, de quien el *Sadler's Catholic Directory* dijera: "Nada en el crecimiento de la Iglesia en este país supera el maravilloso desarrollo de su comunidad".

Ahora yacía en el lecho de muerte descansando pacíficamente en brazos del Eterno por quien había luchado arduamente a lo largo de toda su vida monástica. Tal vez lo que mejor exprese la idea que sobre él se tenía, concepto muy válido por lo demás, lo expresó el *Pittsburgh Leader* poco tiempo después de su muerte: "con su muerte, la Iglesia perdió uno de sus más eminentes líderes y la Orden Benedictina llora un piloto que la ha guiado seguramente por muchos años en medio de mares borrascosos".

Y ¿quién era este patriarca?

Este monje visionario, Sebastián Wimmer, había nacido el 14 de enero de 1809 en Thalmassing, Alemania. Fue el primogénito de Pedro Wimmer e Isabel Lang. Pertenece a una familia de granjeros y vivió en contacto con la actividad cervecera ya que su padre en aquellos tiempos era tabernero en el pueblo de Thalmassing.

El joven Sebastián fue ordenado sacerdote en 1831, después de haberse educado en el seminario de Regensburg, para la misma diócesis. Como no tenía más que 22 años, recibió una dispensa canónica.

Una vez ordenado sacerdote, fue prestado a la diócesis vecina de Passau, que por aquel entonces no tenía vocaciones nativas y necesitaba la ayuda de Regensburg, donde las vocaciones eran tantas que todos los puestos posibles para un joven clérigo estaban copados.

Su primer trabajo fue el santuario mariano de Altoetting y éste fue para él como el paso previo a su deseo de hacerse benedictino en la recién restaurada abadía benedictina de Metten.

METTEN: PUNTO DE PARTIDA

A causa de la influencia liberal de la época napoleónica, la Iglesia de Alemania experimentó en 1809 el caos y el cataclismo de la época. Seis años antes, en 1803, los príncipes alemanes se habían reunido en la notoria Dieta de Regensburg y aprobaron la virtual expoliación de la Iglesia Alemana. En efecto, influidos por las tendencias seculares de la época, confiscaron todo establecimiento religioso. Metten no fue una excepción.

Las cosas empezaron a cambiar poco a poco a raíz de un concordato firmado entre la Iglesia y el Estado en 1817. Este concordato fue un éxito parcial, ya que el rey Maximiliano José I se comprometía a reorganizar la Iglesia bávara, aunque reservando para sí el derecho de nombrar los obispos de las ocho sedes episcopales bávaras.

Pero debido a las presiones anticlericales de los ministros del rey Maximiliano José I, varios acuerdos del concordato fueron postergados. Recién con la subida al trono de su hijo Ludovico I en 1825, muchos de los acuerdos fueron puestos en ejecución.

Lo primero que hizo este joven monarca fue restaurar el orden benedictino en Bavaria y para tal efecto escogió el monasterio de San Miguel en Metten, como punto de partida de todo su movimiento restaurador. El rey Ludovico I se dirigió al Obispo de Regensburg en busca de vocaciones para iniciar nuevamente la vida monástica en Metten. La propiedad ya había sido cedida al rey por el Barón Von Pronath quien la adquirió en la época de la secularización.

El Obispo Seiler a su vez apeló a los seis miembros sobrevivientes de la antigua abadía, pero solo dos, los padres Román Raith y Idelfonso Nebauer, accedieron a venir a Metten de nuevo. Así el 3 de junio de 1830 en presencia de Juan Mulzer, representante del rey, los dos monjes reintrodujeron oficialmente la vida monástico-benedictina en Metten.

La restauración de la orden benedictina comenzó a ser en todo el país un tópico frecuente de conversación en los círculos clericales. El Obispo Seiler, cuya diócesis tenía superabundancia de vocaciones, comenzó a hacer una discreta encuesta entre sus sacerdotes, con la intención de saber cuáles de ellos estarían dispuestos a hacerse monjes benedictinos en Metten.

El recién ordenado Wimmer quien por ese tiempo trabajaba en el santuario mariano de Altoetting comenzó a interesarse en el asunto a través de las encuestas que el obispo mismo le hizo llegar a él y a los demás sacerdotes pertenecientes a su diócesis.

Wimmer recordaba bien los estudios en Munich bajo la dirección del profesor Ignacio Dollinger sobre la historia de la iglesia bávara y la creciente influencia que había ejercido sobre él la vida benedictina. Entonces resolvió hacerse monje benedictino y obtuvo el permiso de su superior, el padre José Albrecht, para dejar Altoetting y entrar en la incipiente comunidad de Metten. Wimmer ingresó el 1º de septiembre de 1832 al monasterio de San Miguel en Metten y en diciembre de ese año comenzó el noviciado.

En Metten, el padre Sebastián pidió y recibió el nombre monástico de Bonifacio. Esta fue la primera indicación de la pasión dominante de su vida: difun-

dir el reino de Dios por medio de la labor misionera, tal como lo había hecho el patrono de Alemania, San Bonifacio.

RAICES DE UNA VISION

Durante los primeros diez años como monje de Metten, Wimmer trabajó en el recién restaurado monasterio de San Esteban en Augsburg, fue procurador en la abadía de Scheyern y finalmente profesor de latín y griego en el Ludwig-Gymnasium en Munich. Simultáneamente en éste último lugar trabajó como prefecto en el Hollandeum, una escuela bajo el patronato real del rey Ludovico I y unida a la Universidad.

Ya en 1842-43 empezó a surgir en Wimmer la gran pasión de su vida. Ayudó a conseguir estipendios para las misiones en América y manifestó al abad de Metten su deseo de ser misionero entre los numerosos inmigrantes de habla alemana. Asimismo urgió al abad de Metten, Gregorio Scherr, que había sido su compañero de noviciado, a considerar la posibilidad de que Metten se convirtiera en una casa misionera semejante a los monasterios medievales de Irlanda e Inglaterra.

Por otra parte, Wimmer también suponía que era posible establecer una casa de misiones en Munich, donde misioneros en potencia pudieran residir y asistir a clase en el Ludwig-Gymnasium y en la Universidad. La idea central de este proyecto era que aquellos jóvenes que entraran en la comunidad, podrían ser instruidos para la vida misionera a fin de evangelizar América y a su vez serían fuente de vocaciones para Metten.

Scherr y los altos prelados bávaros no estaban para nada de acuerdo con la idea de Wimmer, que el propio Scherr calificó de "plan hechizo". Wimmer tendría que luchar mucho contra todos y contra Scherr a fin de lograr sus objetivos.

El abad bien intencionado, a pesar de sus objeciones, dio un beneplácito provisional a Wimmer. Sin embargo, no terminaba de comprender la empresa a largo plazo de Wimmer y por eso aducía un argumento contra de los planes de Wimmer que él pensaba era válido desde todo punto de vista: era el hecho de que los católicos alemanes en América realmente no necesitaban de Wimmer, y que éste podía hacer mucho más por la Iglesia y la comunidad de Metten permaneciendo como profesor y prefecto en Munich.

Wimmer, en una carta de octubre de 1845, respondió muy enfáticamente afirmando al abad que él estaba dispuesto a ir a América a ayudar a sus "pobres y abandonados compatriotas" con o sin su venia; pues ya había esperado varios años y no tenía suficiente paciencia como para seguir recibiendo respuestas evasivas de Scherr. Y agregaba que le apenaba por la orden benedictina este "cerrado rechazo" a responder a las necesidades de sus compatriotas, cosa que ya las demás órdenes religiosas habían hecho.

Wimmer terminaba su carta exigiendo al abad Scherr una respuesta definitiva que pudiera ser sometida al nuncio papal en Munich, y agregaba que sus 13 años de trabajo como monje benedictino habían saldado la deuda que tenía con Metten y que además el trabajo que había realizado en Augsburg, Scheyern y Munich era suficiente prueba de su verdadero celo por la orden.

En esta época los ideales de Wimmer se hicieron más fuertes y se exterior-

rizaron. El 8 de noviembre de 1845, escribió un artículo anónimo en el *Augsburger Postzeitung* de Munich, donde bosquejaba un plan para establecer una colonia benedictina misionera en América cuyo fin sería el trabajo entre los inmigrantes alemanes.

En líneas generales el plan era el siguiente: los benedictinos, que según él eran los más aptos para la vida misionera por su voto de estabilidad y probado celo misionero en toda Europa, vendrían a América y una vez en el nuevo mundo, adquirirían tierras en el interior del continente y abrirían allí un monasterio. Los monjes trabajarían además en otros frentes: en parroquias y en la fundación de nuevas comunidades locales. Finalmente, la idea de Wimmer era que el monasterio fuera un centro de actividades religiosas y culturales para los colonos alemanes.

Este artículo planteaba cuestiones totalmente desusadas en los monasterios bávaros de aquel entonces, y esto hizo que el rey Ludovico I se interesara de una manera especial por las misiones americanas, de igual manera que el nuncio apostólico; y, más aún, por medio de la Ludwig-Missionsverein, Wimmer podría en gran medida llevar a cabo su obra en América.

Sí, Wimmer finalmente, después de muchos ruegos, logró la bendición y naturalmente el permiso de Scherr. Era el mes de febrero de 1846. En ese momento, ya tenía preparado todo un plan que comprendía la reunión tanto de candidatos, como de fondos y había tomado contacto con el Padre Pedro Lemke, misionero en América, para un posible lugar donde podría ser construido el monasterio y eventualmente un colegio. El lugar se llamaba Carrolltown, en el condado de Cambria, Pennsylvania.

Wimmer, que tenía 36 años, por segunda vez en su vida se estaba preparando para hacer un cambio de dirección en su vida. Con la misma intensidad con la que se sintió llamado de la vida secular al monasterio, las misiones lo llamaron al desarrollo no sólo de la orden benedictina en el nuevo mundo, sino de la iglesia americana.

RESPUESTA A LA LLAMADA: LA VIDA MONASTICA ES LLEVADA AL SUELO AMERICANO

Con 6.000 marcos de la Ludwig-Missionsverein en la mano y con un buen grupo de dieciocho candidatos entre los cuales se destacaban cuatro teólogos, Wimmer partió con su comunidad rumbo a América en julio de 1846.

El viaje duró 38 días y el 15 de septiembre llegaron a Nueva York. Luego de pisar suelo americano por primera vez, Wimmer y su grupo de candidatos inmediatamente se dirigieron al pueblo de Carrolltown en Pennsylvania, acompañados por el P. Lemke. Este pueblo había sido fundado por el mismo Lemke en 1840, y ahora llegaría a su plenitud con la llegada de una comunidad religiosa misionera.

Aunque Lemke no estaba totalmente conforme con el grupo ya que hubiera deseado sacerdotes en lugar de este grupo amorfo de "candidatos", los condujo a la Iglesia de San José, propiedad que había ofrecido vender a los benedictinos.

Inicialmente Wimmer firmó un contrato de compra con Lemke, pero debido al alto costo que el mismo Lemke pedía (4.300 dólares), los benedictinos pronto resolvieron ir a otra propiedad llamada San Vicente. Esta última pertenecía a la dió-

cesis y consistía de una iglesia, dos granjas y un pequeño edificio llamado "Sportsman's Hall". Los primeros meses en San Vicente transcurrieron en la remodelación de la casa. Todos se encargaban de todo lo referente al mantenimiento material de la comunidad.

Las relaciones con el obispo Miguel O'Connor, hasta entonces cordiales, empezaron a deteriorarse debido a que el obispo quería dirigir a los benedictinos como si fueran sacerdotes de su diócesis, e impuso a Wimmer y a su comunidad tres condiciones para poder subsistir como comunidad en su diócesis: atender pastoralmente a las Hermanas de San Javier, comunidad vecina que tenía una escuela para niñas; atender a los irlandeses del área y finalmente, aceptar gratis a todos los estudiantes que quisiera enviarles O'Connor a su seminario en San Vicente.

Wimmer aceptó las dos primeras condiciones de O'Connor, pero la última no, pues opinaba que si el obispo quería mandar sus seminaristas a San Vicente, éstos deberían pagar como todos los demás. Es menester anotar que la comunidad se estableció en la diócesis de O'Connor, con la expresa condición de que los monjes abrieran y mantuvieran un seminario para las vocaciones sacerdotales.

A raíz de los desentendimientos con el obispo, Wimmer pensó dejar San Vicente e ir a la colonia alemana de Santa María en el norte de Pennsylvania. El 10 de mayo de 1847 Wimmer expresó a O'Connor su parecer respecto a las proposiciones hechas anteriormente por el obispo. El obispo, al enterarse que los benedictinos pensaban dejar su diócesis, escribió en tono conciliatorio a Wimmer el 13 de mayo cediendo en los tres puntos. Y respecto del tercer punto, referente a sus seminaristas, aceptó mandar un número limitado a San Vicente, pero pagando.

En octubre de 1847 llegaron refuerzos de Baviera bajo la conducción del padre Pedro Lechner, prior de la Abadía de Scheyern. Junto con él llegaron veinte candidatos para hermanos legos. Lechner fue nombrado "prior" de Wimmer quien era el "superior".

La llegada de Lechner fue una bendición ambigua, porque pronto causó la primera rebelión seria de la comunidad. El motivo de esta rebelión fue que Lechner, junto con algunos otros monjes, pensaban que Wimmer se preocupaba más de los asuntos materiales que de la misma comunidad.

En junio de 1848 Lechner pidió permiso a Wimmer para establecer otro monasterio que tuviera un ideal monástico más alto, como el de los trapenses. Wimmer le negó el permiso, lo cual hizo que Lechner y su grupo transfirieran sus votos, con permiso de Wimmer, a la recién fundada abadía trapense de Getsemani en Kentucky.

Poco más de un año después del éxodo, todos estos aspirantes a trapenses regresaron arrepentidos a San Vicente. A la mayoría le habría resultado muy duro convivir con esos monjes que traían una cultura diferente de la de ellos, ya que procedían de Francia, por otra parte, muchos de los monjes de Wimmer no hablaban francés aún y tenían que confesarse por medio de intérpretes. (Lechner dejó Pennsylvania en 1851 y regresó a Scheyern desde donde escribió y habló siempre favorablemente de Wimmer y de su trabajo, aun cuando en América no pudo convivir con Wimmer, debido a que no compartían la misma filosofía de la vida benedictina).

Sin embargo, los esfuerzos de Lechner crearon en San Vicente la histórica

división "acción-contemplación" que nunca fue resuelta satisfactoriamente. Es decir, siempre coexistieron dos grupos: el de quienes abogaban por una vida monástica estricta y el de aquellos que querían armonizar la vida monástica con un trabajo apostólico misionero o educacional.

LOS PRIMEROS AÑOS

La meta fundamental de la orden benedictina en los Estados Unidos durante los primeros años fue la de formar un clero de habla alemana para trabajar con los inmigrantes alemanes. Por eso, pronto abrieron una escuela-seminario para formar a los hijos de esos inmigrantes tanto religiosa como académicamente. Eventualmente algunos de esos jóvenes se harían monjes en la comunidad de San Vicente. En 1848 la escuela contaba con 25 estudiantes y 5 profesores.

Este mismo año a través de John Martín Henni, obispo suizo de Milwaukee, Wimmer pidió a la Santa Sede que su monasterio fuera elevado al rango de priorato canónico. Esta autorización de la Santa Sede, no llegó hasta 1850 y sólo podía ser válida con la aprobación de O'Connor. Pero ahora se presentaba un nuevo problema en tre O'Connor y Wimmer.

Según la costumbre bávara, Wimmer quería producir cerveza en una destilería perteneciente al monasterio y venderla en una taberna que había adquirido en Indiana, Pennsylvania. Pero O'Connor, que pertenecía a la tendencia puritana de los católicos americanos, consideraba que sería un "gran escándalo" para ellos que un monasterio abriera una taberna o "Casa Pública" a fin de vender cerveza. Por lo tanto, escribió a Roma pidiendo instrucciones sobre el particular. Wimmer, para aplacar a O'Connor, dejó de lado sus planes acerca de la cervecería y así desaparecieron temporalmente las diferencias entre los dos.

A pesar de esta irritación contra Wimmer, el mismo O'Connor pronto solicitó a la Santa Sede la elevación de la comunidad al rango de abadía y recomendó a Wimmer como abad, con la condición de que la abadía no fuera exenta y el abad no fuera mitrado. Sin embargo, el 14 de febrero de 1852 Wimmer recibió un comunicado de la Santa Sede elevando la comunidad de San Vicente sólo al rango de priorato no exento; el 15 de julio el obispo local promulgó oficialmente el documento correspondiente.

Mientras tanto, durante su viaje a Europa en los años 1850-51 por asuntos de la comunidad, Wimmer se entrevistó con la Madre Eduarda Schnitzer, del convento benedictino de Santa Walburga en Eichstatt, Baviera, y le pidió que enviara algunas monjas para trabajar junto con los monjes en los puestos de misión y parroquias alemanas. Por el momento esto era imposible, pero un año después la madre resolvió enviar a tres monjas a Norteamérica, bajo la guía de la maestra de novicias, Madre Benedicta Riepp.

Al llegar a Nueva York en julio de 1852, no encontraron a nadie esperándolas. Con la independencia que las caracterizaría más adelante, consiguieron un guía y llegaron a San Vicente. (Cuenta una anécdota que cuando el tren que traía a las hermanas y a su equipaje se aproximaba a San Vicente, un hermano que trabajaba en el campo corrió a avisar a Wimmer que un "carro de conflictos" estaba viniendo camino abajo. "Si la anécdota es cierta, fue una de las declaraciones más proféticas hechas por un monje benedictino en el nuevo mundo!") O'Connor las recibió oficialmente

en la diócesis y Wimmer mismo las condujo a la parroquia de Santa María en el condado de Elk, donde abrieron un colegio que en enero de 1853 contaba ya con 70 alumnas.

Mientras tanto, la comunidad de San Vicente se desarrollaba pujantemente bajo la conducción de Wimmer. Así, en 1852 la comunidad contaba con 120 miembros entre los cuales había 82 hermanos, 20 sacerdotes y un grupo de estudiantes de teología. En esa época, además del priorato de San Vicente, existían tres casas dependientes: Carrolltown, Santa María e Indiana. Los benedictinos también trabajaban con los obreros ferroviarios de Pennsylvania, a lo largo del ferrocarril hasta Harrisburgo.

En 1854, Wimmer solicitó a la Santa Sede el status abacial para San Vicente. Al año siguiente viajó a Roma para agilizar los trámites. Durante sus gestiones, en una audiencia privada en el mes de junio del año 1855 con el Papa Pío IX, Wimmer fue nombrado abad de la nueva abadía. El nombramiento, empero, fue por un período de tres años al final de los cuales debería efectuarse la elección de un abad vitalicio. El decreto correspondiente fue expedido el 17 de septiembre.

EXPANSION

A pesar de que la situación financiera de San Vicente no era muy estable en 1856 debido a las malas cosechas, esto no impidió a Wimmer realizar una nueva fundación en Minnesota a pedido del obispo Joseph Cretin.

La fundación fue aprobada en el capítulo de la recién establecida congregación Americano-Casinense. Wimmer envió a su prior, P. Demetrio DiMarogna, junto con dos clérigos y varios hermanos laicos a San Pablo, Minnesota, quienes llegaron en mayo. La pequeña comunidad se asentó en el pueblo de San Cloud a unos 100 kilómetros de San Pablo y en noviembre recibió una visita de Wimmer que llevó seis miembros nuevos para la pequeña comunidad de Minnesota. En ese entonces la comunidad de San Vicente se elevaba a un total de 220 miembros.

Al mismo tiempo Wimmer escribió a la Ludwig-Missionsverein que el obispo del vicariato de Kansas, Juan Miège había solicitado ayuda. También esta solicitud fue acogida por los monjes de San Vicente, y en abril de 1857 fueron enviados dos monjes y un clérigo a una propiedad en Leavenworth que el obispo había ofrecido de antemano.

En la misma época Wimmer envió al padre Valentín Felder a la parroquia de Santa María en Newark, New Jersey, que también les había sido ofrecida, en vistas a formar otra comunidad. Corría el año de 1857 y en el mes de mayo, Wimmer llevó allí dos monjes más de refuerzo. En el lapso de quince meses Wimmer y la comunidad de San Vicente habían dejado caer la semilla que daría fruto en tres florecientes comunidades.

Debido a la expiración de su cargo como abad el 17 de septiembre de 1858, según el decreto de 1855, Wimmer convocó el capítulo a fin de proceder a la elección de un abad vitalicio. La elección fue presidida por O'Connor, el 18 del mismo mes. Resultó elegido Wimmer por abrumadora mayoría: 39-3. La asamblea capitular también solicitó a la Santa Sede que los prioratos de San Cloud y Kansas fueran elevados al rango de prioratos canónicos. En diciembre, la Santa Sede aprobó

todo lo resuelto por el capítulo menos la elección de un abad vitalicio y dio a Wimmer un nuevo plazo de tres años, quedando para 1861 la próxima elección abacial.

A través de los años muchas peticiones de ayuda llegaron a San Vicente. En 1859 un grupo de monjes fue enviado a Covington, Kentucky y también tomaron a su cargo la misión de San José en Texas, desde donde administraron varias comunidades de inmigrantes alemanes del área. Aunque en un principio el futuro de este monasterio parecía brillante, ocho años más tarde, los capitulares decidieron devolver San José a la Diócesis de Galveston, a causa de las dificultades económicas agravadas por la guerra civil americana de 1861 a 1865, y por otra parte, por la mortandad en la comunidad debida a la tuberculosis.

LA LLEGADA DE LAS BENEDICTINAS

En esta época, el abad Wimmer hubo de enfrentar un nuevo problema, con las benedictinas de Santa Walburga en Eichstatt, que él había invitado a América en 1852. El problema básico consistió en que Wimmer creía que por ser su "guía y protector" podía tomarse atribuciones de fundador y así determinar quién podía ingresar a la comunidad y también dirigir los asuntos económicos de la misma. Para colmo de males se apropió de 3.000 marcos que el rey Ludovico había enviado a las hermanas y los empleó en la construcción de nuevos edificios en su comunidad.

El conflicto entre Wimmer y las benedictinas fue uno de los incidentes más desagradables en la vida de Wimmer. La superiora, madre Benedicta Riepp, quien no era del mismo parecer de Wimmer en cuanto a sus funciones como "superior", presentó a Roma, en 1852, a través del obispo Von Reisach de Munich, una carta con cinco puntos pidiendo la total independencia del abad Wimmer.

Después de una larga deliberación y muchas intrigas, en 1859 falló la Santa Sede sobre el caso a favor de la madre Benedicta en todos sus puntos: 1) Si el abad Wimmer tenía derecho de decidir quién podía entrar en el noviciado en los conventos benedictinos femeninos de los Estados Unidos; 2) si podía decidir sin consultar a las hermanas, qué novicias podían hacer la profesión perpetua; 3) si los votos solemnes para las hermanas eran compatibles con las condiciones en América (La Madre decía que los votos solemnes requerían clausura y que la clausura no era posible en el convento de Santa María porque Wimmer frecuentemente permitía a sus monjes entrar en ella); 4) si Wimmer o las mismas hermanas tenían el derecho de escoger superioras en los conventos americanos; y finalmente 5) si Wimmer o el capítulo conventual tenían el derecho de controlar los asuntos financieros de las hermanas.

Así perdió el abad Wimmer totalmente el control sobre las benedictinas, que había traído con tan vehemente deseo a América. El fragor de la batalla, sin embargo, había debilitado tanto a la madre Benedicta que murió tres años después.

La decisión de 1859 estableció efectivamente la rama femenina benedictina como entidad independiente. Tanto Wimmer como Riepp habían trabajado para el bien de la Orden, y con el correr de los años los esfuerzos de ambos serían reconocidos.

VISIONES Y REBELIONES

En 1858 Wimmer había sido nombrado abad por tres años más y se le habían dado órdenes de realizar una nueva elección en 1861. A causa de la inestable situación política en los Estados Unidos durante los cruentos años de la guerra civil, el capítulo general programado para 1861 tuvo que ser postergado hasta 1862 por orden de la Santa Sede.

Este capítulo de 1862 era muy importante pues en él se iba a elegir al que sería abad vitalicio en San Vicente; pero también tuvo que ser postergado, esta vez por voluntad del mismo Wimmer, a causa de un cierto prior llamado Agustín Wirth de Kansas, quien en base a un decreto papal que consiguió por intermedio de un monje en Roma, alegaba que todos podían votar en la elección de un abad incluidos los hermanos legos y los hermanos de votos simples.

Era un complot contra Wimmer a fin de que no pudiera ser elegido Abad vitalicio. Con Wirth se agruparon todos aquellos que estaban descontentos con el gobierno de Wimmer. El decreto papal había sido emitido en mayo de 1859 y si Wimmer hubiera procedido, los oponentes se habrían quejado a Roma complicando más al abad quien ya tenía bastante con esta "rebelión de los hermanos".

Cuando el monasterio de San Vicente había sido canónicamente elevado al rango de priorato en 1852, Wimmer había recibido los votos solemnes de todos los miembros de la comunidad, incluidos los hermanos legos. A pesar de esto, a los hermanos legos no se les otorgó el derecho de participar en las deliberaciones de los capítulos monásticos y esto causó un cierto descontento entre ellos, que finalmente se manifestó en una carta dirigida al Papa por el hermano José Sailer en 1861. En la carta el hermano alegaba que Wimmer era injusto con ellos, los hermanos, ya que se estaba aprovechando de ellos y los obligaba a trabajar inhumanamente sin darles voz ni voto en los capítulos, ni unos estatutos que les había prometido, ni ninguna clase de seguridad para su vejez.

En julio de 1861, Wimmer había recibido un comunicado de la Santa Sede en el que se le pedían las explicaciones correspondientes, cosa que hizo a través de los obispos de Erie y de Pittsburgh. También dirigió una carta al cardenal Barnabo en agosto de ese año, diciéndole que había sido acusado injustamente.

En 1862, al haber sido postergada nuevamente la elección abacial, el comité ejecutivo de la congregación se dedicó a tratar otros asuntos, como la presentación de una petición a la Santa Sede para que el priorato independiente de Minnesota fuera elevado al rango de abadía y otra petición para elevar el priorato de San José en Texas al rango de priorato canónico independiente. También se reformaron ciertas prácticas de piedad y se cambiaron ciertas formas a fin de hacer un poco más contemplativa a la congregación.

El asunto de la elección abacial quedó sin resolverse.

En esta época, los problemas en San Vicente resurgieron con tanta intensidad que casi derrumbaron toda la obra que Wimmer había hecho tan paciente y fuertemente. En efecto, en el verano de 1859 un postulante llamado George Keck ingresó al noviciado de San Vicente. Este postulante era sumamente ambicioso y, determinado a tomar las riendas de la comunidad, engañó a los monjes, incluyendo al mismo abad, con unas supuestas revelaciones y visiones de un monje que pedía

oraciones y misas por su alma.

La comunidad en principio aceptó todo lo que decía Keck, al punto que el mismo abad le encargó que se comunicara con el espíritu todas las veces que pudiera y aparentemente, durante un mes entero, tuvo revelación tras revelación. Animado por la credulidad de los monjes, Keck les dijo que era voluntad divina que se llevara una vida más estricta en San Vicente.

Se produjo el caos. La comunidad se dividió en los dos bandos de siempre, por un lado los reformistas a la cabeza de los cuales estaba Keck seguido por el prior y el maestro de novicios; por otro lado estaban aquellos que no querían saber nada de las tales revelaciones y pedían la expulsión de Keck. Wimmer se situó en el medio, pero no sin expresar su simpatía por Keck.

La cuestión pareció llegar a su punto final cuando en 1860 el capítulo de San Vicente decidió rechazar la petición de Keck para su admisión a su profesión simple. Sin embargo, esto desató simplemente una nueva y penosa experiencia ya que la comunidad de Minnesota aceptó a Keck, y mientras estaba en Minnesota, las opiniones en San Vicente viraron en tal grado que fue admitido nuevamente en el noviciado en 1861.

Después de su reingreso a San Vicente, el novicio alegaba tener nuevas visiones y una histeria colectiva se apoderó del monasterio. Dos monjes declararon ser videntes y el visionario Keck llegó al punto de afirmar que en una visión se le había aparecido Martín Lutero quien le declaró que no estaba en el infierno, sino en el purgatorio y además dijo al abad que si la comunidad no se reformaba pronto, toda ella sería enganchada en el ejército, cosa que pareció cumplirse debido a que muchos monjes debieron hacer el servicio militar en esa época de guerra civil.

Estando así las cosas, Wimmer no sabía qué camino tomar, ya que las "revelaciones" de Keck, en parte parecían ser algo más que simple imaginación.

Mientras tanto el visionario llegó a tales abusos, que mediante revelaciones dijo conocer quién debería ser el prior conventual, quién el ecónomo y, por si fuera poco, tomó a su cargo el asunto de los nombramientos parroquiales. El 12 de abril de 1862 hizo su profesión simple tomando el nombre de Pablo y recibió las órdenes menores. En julio el abad Wimmer recibió un comunicado de la Santa Sede con una serie de preguntas sobre las supuestas revelaciones de Keck.

SOLUCION DE LOS NUMEROSOS PROBLEMAS

Por otro lado, mientras Wimmer se ausentaba temporalmente del monasterio, Keck en compañía del maestro de novicios y del prior Othmar Wirtz trató de conseguir sin éxito alguno su ordenación sacerdotal en la diócesis de Erie. Sin embargo, Wimmer se enteró y se puso en contacto con el obispo Young, quien una vez informado por Wimmer no quiso colaborar con un plan tan malvado.

La investigación que hizo Wimmer de las actividades de Keck durante su ausencia dieron resultados de tal gravedad que lo llevaron a considerar su expulsión del monasterio. En efecto, Wimmer acusó a Keck de cinco faltas de las que se enteró por los propios compañeros de Keck. Estas eran:

- 1) Que sin conocimiento de Wimmer y sin su consentimiento, Keck había tra-

tado de recibir las órdenes sagradas y por medio de mentiras persuadió al padre Othmar para que lo ayudara en su intento, habiendo ido con él a Erie;

2) Que en Erie, pensando que sería ordenado sacerdote en dos días, Keck había permanecido casi hasta la media noche con otros sacerdotes en la casa de un laico y había escandalizado a la gente cantando y jugando;

3) Que a su regreso a casa, Keck besó a uno de los padres a quien creía bebido y cometió otros actos que, según lo declarado por este padre, ciertamente debería dar sospechas muy graves acerca de su castidad;

4) Que había comunicado todo el asunto al obispo, aunque sabía perfectamente bien que Wimmer estaba por llegar a Erie en pocos días; y

5) Que aún sin necesidad, Keck había adherido un juramento a sus declaraciones.

Todos los capitulares que fueron convocados para tratar el caso, con excepción de dos, apoyaron a Keck. Pero pocos días después Wimmer recibió una carta del obispo de Erie diciendo que después de realizar su propia investigación, estaba convencido de que el testimonio de Keck en su favor era sólo mentira.

Wimmer no necesitaba nada más. Sin agitarse más y negándose a convocar otra reunión capitular en la que seguramente el "visionario" sería apoyado, expulsó a Keck del monasterio por "graves pecados contra el sexto mandamiento". Era el 15 de noviembre de 1862.

En 1864 Keck fue citado ante la Santa Inquisición en Roma a fin de dar cuenta de sus visiones. De igual modo Wimmer hubo de comparecer ante los cardenales en abril de 1865. Y sin embargo, recién en septiembre de ese año los cardenales de la Santa Inquisición declararon que las visiones y revelaciones de George (Pablo) Keck no tenían ningún fundamento. Los monjes ya no oyeron ni una palabra más sobre el paradero del supuesto visionario.

Wimmer aprovechó su viaje para tratar de otros asuntos con la Santa Sede y permaneció allí hasta julio de 1866, logrando que el monasterio de Minnesota fuera elevado al rango de abadía y recibió apoyo para que los hermanos laicos fueran excluidos de los votos solemnes (en el futuro) y de derechos capitulares (aun los que ya habían hechos votos solemnes). Además, el 27 de julio de 1866 en audiencia privada con Pío IX, Wimmer fue nombrado abad vitalicio de San Vicente.

Así cada uno de los problemas que surgieron entre los años 1856 y 1866 fueron resueltos satisfactoriamente. Wimmer quedó contento.

CONSOLIDACION Y MAYOR CRECIMIENTO

Al regresar a los Estados Unidos en septiembre, Wimmer participó en el segundo concilio plenario de Baltimore del episcopado estadounidense. Después de una corta temporada en San Vicente, partió para Minnesota donde el 12 de diciembre presidió la elección del segundo abad de la congregación Americano-casinense, resultando electo el prior Claustal de San Vicente, Ruperto Seidenbursch, por sugerencia del mismo Wimmer.

Después de visitar algunas otras de sus fundaciones regresó a San Vicente

donde se construían en esta época dos edificios nuevos. El objetivo primordial de Wimmer durante estos años fue la consolidación de las comunidades ya existentes. Algunas prosperaban y crecían numéricamente como la de Santa María en Newark, y la de San José en Covington. El priorato de San José en Chicago fundado por San Vicente en los años 60 se consolidaba bajo la dirección de su prior Louis Fink.

Sólo dos comunidades de las fundadas por San Vicente sufrieron serios percances en esta época; la de San José en Texas que, a causa de los problemas originados por la guerra civil fue devuelto al obispo en 1867, y la de San Benito en Kansas, que atravesaba una difícil situación financiera debida al mal manejo económico de su prior.

En agosto de 1867, los delegados de las distintas fundaciones se reunieron en San Vicente para el tercer capítulo general de la congregación Americano-casinese. Los capitulares resolvieron confirmar al prior de Kansas, padre Wirth, en su cargo con la esperanza de que pudiera salir por sí mismo de las deudas que había contraído y que sobrepasaban los 10,000 dólares. También aprobaron la creación de una casa de estudios en Roma para los monjes de San Vicente, de la cual Oswald Moosmuller fue nombrado rector.

En 1869 Wimmer, como presidente de la congregación, fue invitado a asistir al Concilio Vaticano I, que se celebraría en Roma; por lo tanto, en octubre se embarcó rumbo a Europa. Después del concilio terminado abruptamente (y debiendo también suspenderse la casa de estudios romana de la congregación), viajó por Baviera durante varios meses llegando a los Estados Unidos en diciembre de 1870.

En muchos aspectos de su vida, Wimmer se destacó como un hombre de visión amplia en los asuntos concernientes a la Orden. Un ejemplo de esto fue cuando, con ocasión del concilio anterior orgullosamente distribuyó un Album Benedictino que había sido recientemente publicado en San Vicente y que tenía estadísticas y otras informaciones pertenecientes a todos los monasterios en el mundo. Había recogido esta información a través de sus viajes a Europa y sus contactos con sus hermanos abades.

Ahora se adelantaba a su tiempo con un signo de lo que más adelante se concretaría sólidamente: la unión benedictina y la mutua cooperación entre las distintas comunidades, cosa que en su tiempo no era todavía una realidad.

En 1871, con ocasión del cuarto capítulo general de la congregación, se celebraron en San Vicente los 25 años de la salida de Wimmer y su grupo para América. Había sólo ocho monjes vivos del grupo original pero la comunidad había aumentado increíblemente: únicamente en San Vicente había 184 miembros, y otro tanto en las casas independientes de Minnesota y Kansas. El obispo de Pittsburgh, Domenec, elogió sin límites la labor benedictina.

En 1873 la labor de los benedictinos llegó a los irlandeses con una comunidad fundada por San Vicente con la expresa finalidad de que ingresaran en ella los aspirantes a benedictinos irlandeses. La comunidad fue establecida en Creston, Iowa y como superior quedó el padre Agustín Burns.

En 1875 Wimmer recibió alborozado la noticia de que el abad de Minnesota, Seidenbusch, había sido nombrado obispo en el recién establecido vicariato del norte de Minnesota. En agosto de ese año la quinta asamblea del capítulo general

de la congregación acordó hacer una petición a Roma pidiendo la elevación del priorato de Kansas al rango de abadía. También aprobaron la petición para que se le concediera el status canónico al nuevo priorato irlandés de San Malaquías en Iowa.

Al año siguiente, 1876, los benedictinos tomaron a su cargo las misiones en Carolina del Norte. Fue una década de gran actividad.

¿REIR O LLORAR?

El 14 de enero de 1877 el abad Wimmer celebró su 68 cumpleaños. Mirando retrospectivamente sus 30 años de trabajo en las misiones americanas, dijo que no sabía si "reír o llorar". Verdaderamente se sentía perplejo de haber sido el instrumento del Señor para traer la orden benedictina a América del Norte. En este año la congregación contaba con tres abadías, nueve prioratos, cinco colegios y más de setenta parroquias administradas por los monjes benedictinos que llegaban a 350.

A causa de la devastación provocada por la guerra civil y la reconstrucción del Sur, en 1877 este territorio era una tierra fértil para la actividad misionera de los monjes de la abadía de San Vicente. Fue así como los benedictinos aceptaron trabajar en las diócesis de Savannah (Georgia), y también en Omaha entre los bohemios de Nebraska.

Después de finalizar los trámites para la misión de Nebraska, que Wimmer esperaba se convirtiera en un monasterio bohemio, dejó San Vicente para hacer un viaje de cuatro semanas a las recién adquiridas propiedades en el Sur: Kentucky, Alabama y Georgia.

En abril de 1878 visitó de nuevo las misiones sureñas de Carolina del Norte, Georgia y de paso fue a Nueva Orleans que había sido aceptada poco tiempo antes a pedido de su obispo Gibbons. Poco después de este viaje por las misiones sureñas, Wimmer comenzó a hacer los preparativos para el sexto capítulo general de la congregación. En la reunión se trataron temas tales como la observancia en varias casas y algunos "problemas corrientes". El asunto más importante fue la aprobación de la petición del reconocimiento canónico para el priorato irlandés de San Malaquías en Iowa.

Poco después del capítulo, el abad Wimmer dejó San Vicente rumbo a Chicago donde los monjes del priorato de San José habían construido una nueva iglesia para reemplazar una destruida por un incendio en 1871. Después fue al priorato de Monte Cassino en Kentucky y a mediados de noviembre regresó a San Vicente donde inició la construcción de un granero cerca del monasterio.

De nuevo en casa, Wimmer se enteró de que el maestro de novicios y el prior de San Vicente estaban dispuestos a abandonar el monasterio y que un grupo de monjes los seguirían. Habían sido influidos por las reformas monásticas en pleno auge en Europa, como por ejemplo la de Beuron. Wimmer se vio obligado a reemplazarlos en sus cargos y una vez más logró contener a los "reformadores".

En enero de 1880 el abad de setenta años partió para Roma a fin de participar en las celebraciones de los 1,400 años de San Benito. En la celebración de treinta y un días en Montecasino había más de cincuenta abades y numerosos obispos

y arzobispos de todo el mundo. En la reunión posterior de todos los benedictinos para tratar temas comunes a la Orden, no pudieron llegar a ningún acuerdo ya que los italianos querían una congregación unificada mientras que los alemanes opinaban que esto restaría libertad de movimiento a la Orden.

Concluida la reunión, Wimmer visitó monasterios y amigos en Austria y Baviera. Enfermó seriamente en julio y fue internado en el hospital de Munich con una infección en el pecho que él predijo sería su fin. Pero no lo fue. Dos meses después regresó a Nueva York. De regreso a San Vicente, una vez más centró su atención en las misiones y en el trabajo apostólico.

En enero de 1881, Wimmer dirigió la publicación del segundo *Album Benedictino*. En la celebración en Monte Casino del año anterior había tenido ocasión de ponerse en contacto con los demás abades a fin de completar y actualizar las informaciones sobre la situación mundial de los benedictinos. (El *Catalogus Monasteriorum O.S.B.* es el 15 de una serie que fue precedida por los álbumes de 1869 y 1881 editados por Wimmer en San Vicente. Los catálogos se publican cada cinco años en el Colegio de Sant'Anselmo en Roma).

En mayo salió de nuevo para realizar uno de los prolongados viajes que marcaron sus últimos años. Viajó a las misiones en Alabama, Kentucky e Illinois. Regresó a San Vicente dos meses después para el séptimo capítulo general de la congregación en San Vicente, pero en lugar de una larga reunión, los capitulares sorprendieron al abad con una celebración en su honor por sus 50 años de sacerdocio.

En abril de 1882 hizo un viaje a los prioratos y misiones nuevas y en octubre viajó a la abadía de San Juan en Minnesota donde ayudó a la dedicación de la nueva iglesia. En noviembre murió el padre Lemke, que lo había invitado a venir a América treinta y siete años antes.

En abril de 1883 Wimmer visitó al obispo Wigger en Newark a fin de presentar una petición a Roma para que a esta comunidad le fuera otorgado el rango abacial. Al año siguiente Wimmer recibió un telegrama de la Santa Sede en el cual se le comunicaba sorprendentemente que se le había dado el título de archiabado, un honor más a su ya brillante carrera monástica.

En 1885 dos nuevas abadías fueron creadas, una en Carolina del Norte con Leo Haid como abad y la otra en Newark con James Zilliox como abad. En ese año los esfuerzos benedictinos en el norte de Alabama no se habían desarrollado tan rápidamente como el abad de 76 años esperaba. Sin embargo, todavía quiso ver elevado el monasterio de Alabama a la dignidad abacial.

Todavía en plan de expansión, en septiembre de 1886 los benedictinos tomaron a su cargo las misiones en el vicariato apostólico de Colorado, a pedido de su obispo José Machebeuf, donde en diciembre Wimmer envió dos monjes. Al año siguiente, Wimmer se enteró de que Roma había escogido al abad de Carolina del Norte, Leo Haid, para la dignidad episcopal. Haid continuaría siendo abad y sería el vicario apostólico de la región.

EL OCASO

En la bendición abacial del segundo abad de Santa María de Newark que tuvo lugar en San Vicente en febrero de 1887, todos los abades de la congrega-

ción Americano-casinense estaban presentes. Fue un día de gozo para el archiabado Wimmer, que sabía que sus días se estaban acercando al fin y que tendría pocas oportunidades de ver de nuevo a sus hermanos abades. En marzo escribió al abad de Metten diciéndole que estaba en el cuarto mes de su enfermedad y que estaba seguro de que sus días estaban contados. Su enfermedad consistía en una "inflamación crónica de la vejiga" que finalmente lo llevaría a la muerte. Sin embargo, no quiso disminuir nunca su trabajo y de hecho murió en su cargo abacial como padre y cabeza de San Vicente y presidente de la congregación Americano-casinense.

No obstante, durante estos últimos años Wimmer aceptó enviar a sus monjes a diferentes lugares; a Mobil, Alabama y a la parroquia de Tuscumbia al que iba a ser superior, P. Hintenach, eventual sucesor de Wimmer en San Vicente. Es el núcleo que después de la muerte de Wimmer se convertiría en la abadía de San Bernardo.

Ya en la primavera de 1887, el anciano patriarca Bonifacio Wimmer de 78 años de edad estaba muy débil para conducir los asuntos del monasterio por sí mismo y fue delegando cada vez más autoridad al prior. Dormía escasamente dos horas por noche y dos veces al día debía recurrir a una sonda urinaria. Aún así celebraba la Santa Misa en su capilla privada, lo mismo que el oficio divino. La mayor parte del tiempo la empleada en contestar la correspondencia urgente. Lo único que podía hacer fuera de casa era dar un paseo de media hora cada día.

En el verano de ese año recibió noticias de que la comunidad de San Procopius en Chicago había sido elevada al rango de priorato canónico por la Santa Sede. Fue un motivo de gozo en medio de su sufrimiento. En octubre escribió su última carta al abad de Metten describiéndole la floreciente situación de "sus" comunidades.

Bonifacio Wimmer murió dos meses después a las diez de la mañana en la fiesta de la Inmaculada Concepción. Mucha gente vino a expresarle su gratitud, entre ellos muchos de los abades americanos y varios obispos. El ataúd fue llevado por dos de los hermanos legos, sobre cuyos hombros Wimmer había trazado su visión de vida benedictina en la frontera americana, hasta el cementerio detrás de la iglesia abacial.

En 1894 la comunidad de San Procopius llegó a ser abadía; en 1902 San León en Florida y en 1925 Santa Cruz en Colorado alcanzaron el mismo status. Así florecieron los intentos de implantar la vida benedictina en América de Wimmer; así llegó a su madurez la visión de este fundador. Bonifacio Wimmer, el fundador, se había ido; también había desaparecido la necesidad por la cual un día había ido a América del Norte.